

tumbres, no es Cristo, ni religión suya por ninguna manera. Porque como sigue la luz al sol, así este beneficio acompaña á Cristo siempre, y es infalible señal de su virtud y eficacia. La otra cosa es, que ninguno jamás, aunque lo pretendieron muchos, pudo dar aqueste bien á los hombres, sino Cristo y su ley. Por manera que no solamente es obra suya esta paz, mas obra que Él solo la supo hacer: que es la causa por donde es llamado su PRINCIPE. Porque unos atendiendo á nuestro poco saber, é imaginando, que el desorden de nuestra vida nacía solamente de la ignorancia; parecióles que el remedio era desterrar de nuestro entendimiento las tinieblas del error, y así pusieron su cuidado y diligencia en solamente dar luz al hombre con leyes, y en ponerle penas que le indujesen con su temor á aquello que le mandaban las leyes. De esto, como agora decíamos, trató la ley vieja, y muchos otros hombres que ordenaron leyes, atendieron á esto, y mucha parte de los antiguos filósofos escribieron grandes libros acerca de este propósito.

Otros considerando la fuerza que en nosotros tiene la carne y la sangre, y la violencia grande de sus movimientos; persuadiéronse, que de la compostura y complexión del cuerpo manaban como de fuente la destemplanza y turbaciones del ánima, y que se podría atajar este mal con sólo cortar esta fuente. Y porque el cuerpo se ceba y se sustenta con lo que se come, tuvieron por cierto, que con poner en ello orden y tasa, se reduciría á buena orden el alma, y se conservaría siempre en paz y salud. Y así vedaron unos manjares, los que les pareció que comidos, con su vicioso jugo acrecentarían las fuerzas desordenadas y los malos movimientos del cuerpo, y de otros señalaron cuándo y cuánto de ellos se podía comer: y ordenaron ciertos ayunos, y ciertos lavatorios con otros semejantes ejercicios, enderezados todos á adelgazar el cuerpo, criando en él una santa y limpia templanza. Tales fueron los filósofos indios, y muchos sabios de los bárbaros siguieron por este camino, y en las leyes de Moysén algunas de ellas se ordenaron para esto también: más ni los unos ni los otros salieron con su pretensión. Porque puesto caso que estas cosas sobredichas, todas ellas son útiles para conseguir este fin de paz que decimos, y algunas de ellas

muy necesarias; más ninguna de ellas, ni juntas todas no son bastantes ni poderosas para criar en el alma esta paz enteramente, ni para desterrar de ella, ó á lo menos para poner en concierto en ella aquestas olas de pasiones y movimientos furiosos, que la alteran y turban. Porque habéis de entender, que en el hombre en quien hay alma y hay cuerpo, y en cuya alma hay voluntad y razón, por el grande estrago que hizo en él el pecado primero, todas estas tres cosas quedaron miserablemente dañadas. La razón con ignorancias, el cuerpo y la carne con sus malos siniestros dejados sin rienda, y la voluntad, que es la que mueve en el reino del hombre, sin gusto para el bien, y golosa para el mal, y perdidamente inclinada, y como despojada del aliento del cielo, y como revestida de aquel malo y ponzoñoso espíritu de la serpiente, de quien esta mañana tantas veces y tan largamente decíamos.

Y con esto, que es cierto, habeis también de entender, que de estos tres males y daños el de la voluntad es como la raíz y el principio de todos. Porque como en el primer hombre se ve, que fué el autor de de estos males, y el primero en quien ellos hicieron prueba y experiencia de sí mismos, el daño de la voluntad fué el primero, y de allí se extendió cundiendo la pestilencia al entendimiento y al cuerpo. Porque Adám no pecó, porque primero se desordenase el sentido en él, ni porque la carne con su ardor violento llevase en pos de sí la razón; ni pecó por haberse cegado primero su entendimiento con algún grave error (que como dice San Pablo (I. ad Timoth. cap. ii, v. 14.), en aquel artículo *no fué engañado* el varón), sino pecó, porque quiso lisamente pecar: esto es, porque abriendo de buena gana las puertas de su voluntad, recibió en ella al espíritu del demonio, y dándole á él asiento, la sacó á ella de la obediencia de Dios, y de su santa orden, y de la luz y favor de su gracia. Y hecho una por una este daño, luégo de él le nació en el cuerpo desorden, y en la razón ceguedad. Así que la fuente de la desventura y guerra común es la voluntad dañada, y como emponzoñada con esta maldad primera.

Y porque los que pusieron leyes para alumbrar nuestro error, mejoraban la razón solamente; y los que ordenaron la



dieta corporal, vedando y concediendo manjares, templaban solamente lo dañado del cuerpo; y la fuente del desconcierto del hombre y de aquestas desórdenes todas no tenía asiento, ni en la razón, ni en el cuerpo, sino, como habemos dicho, en la voluntad maltratada: como no atajaban la fuente, ni atinaban, ni podían atinar á poner medicina en aquesta podrida raíz, por eso careció su trabajo del fruto que pretendían. Sólo aquel lo consiguió, que supo conocer esta origen, y conocida tuvo saber y virtud para poner en ella su medicina propia, que fué Jesucristo nuestra verdadera salud. Porque lo que remedia este mal espíritu, y aqueste perverso brío, con que se corrompió en su primer principio la voluntad, es un otro espíritu santo, y del cielo: y lo que sana esta enfermedad y malatía de ella, es el don de la gracia, que es salud y verdad. Y esta gracia, y aqueste espíritu, sólo Cristo pudo merecerlo, y sólo Cristo lo da. Porque como decíamos acerca del nombre pasado, y es bien que se torne á decir para que se entienda mejor, porque es punto de grande importancia: no se puede falsear, ni contrastar lo que dice San Juan (Joan. cap. 1, v. 17.): *Moysén hizo la ley, mas la gracia es obra de Cristo.*

Como si en más palabras dijera: Esto que es hacer leyes, y dar luz con mandamientos al entendimiento del hombre, Moysén lo hizo, y muchos otros legisladores y sabios lo intentaron á hacer, y en parte lo hicieron. Y aunque Cristo también en esta parte sobró á todos ellos con más ciertas y más puras leyes que hizo; pero lo que puede enteramente sanar al hombre, y lo que es sola y propia obra de Cristo, no es eso; que muy bien se compadecen entendimiento claro, y voluntad perversa, razón desengañada, y mal inclinada voluntad; mas es sola la gracia y el espíritu bueno, en el cual ni Moysén ni ningún otro sabio, ni criatura del mundo tuvo poder para darlo, sino es sólo Cristo Jesús. Lo cual es en tanta manera verdad, no sólo que Cristo es el que nos da esta medicina eficaz de la gracia, sino que sola ella es la que nos puede sanar enteramente, y que los demás medios de luz y ejercicios de vida jamás nos sanaron, que muchas veces aconteció, que la luz que alumbraba el entendimiento, y las leyes que le eran como antorcha para descubrirle el camino justo,

no sólo no remediaron el mal de los hombres, mas antes, por la disposición de ellos mala, les acarrearón daño y enfermedad notablemente mayor. Y lo que era bueno en sí, por la cualidad del sujeto enfermo y mal sano, se les convertía en ponzoña que los dañaba más, como lo escribe expresamente San Pablo en una parte (Ad Rom. cap. vii, v. 10. seqq.) diciendo, que la ley le quitó la vida del todo; y en otra (Ad Rom. cap. v, v. 20.), que por ocasión de la ley se acrecentó y salió el pecado como de madre; y en otra (Ad Rom. cap. vii, v. 13.), dando la razón de esto mismo, porque, dice, el pecado que se comete habiendo ley, es pecado en manera superlativa: esto es, porque se peca, cuando así se peca, más gravemente, y viene así á llegar á sus mayores quilates la malicia del mal.

Porque á la verdad, como muestra bien Platón en el segundo Alcibiades (1), á los que tienen dañada la voluntad, ó no bien aficionada acerca del fin último, y acerca de aquello que es lo mejor, la ignorancia les es útil las más de las veces, y el saber peligroso y dañoso: porque no les sirve de freno para que no se arrojen al mal, porque sobrepuja sobre todo el desenfrenamiento, y como si dijésemos, el desbocamiento de su voluntad estragada; sino antes les es ocasión unas veces para que pequen más sin disculpa, y otras para que de hecho pequen los que sin aquella luz no pecaran. Porque por su grande maldad, que la tienen ya como embebida en las venas, usan de la luz, no para encaminar sus pasos bien, sino para hallar medios é ingenios para traer á ejecución sus perversos deseos más fácilmente: y aprovechanse de la luz y del ingenio, no para lo que ello es, para guía del bien, sino para adalid, ó para ingeniero del mal: y por ser más agudos y más sabios, vienen á corromperse más, y á hacerse peores. Dé lo cual todo resulta, que sin la gracia no hay paz ni salud, y que la gracia es obra nacida del merecimiento de Cristo.

Mas porque esto es claro y certísimo, veamos agora, qué cosa es gracia, ó que fuerza es la suya, y en qué manera, sanando la voluntad, cria paz en todo el hombre interior y ex-

(1) O, *De voto* hácia el medio.



terior. Y diciendo esto Marcelo, puso los ojos en el agua, que iba sosegada y pura, y relucían en ella como en espejo todas las estrellas y hermosura del cielo, y parecía como otro cielo sembrado de hermosos luceros: y alargando la mano hacia ella, y como mostrándola, dijo luego así: Aquesto mismo que agora aquí vemos en esta agua, que parece como un otro cielo estrellado, en parte nos sirve de ejemplo para conocer la condición de la gracia. Porque así como la imagen del cielo, recibida en el agua, que es cuerpo dispuesto para ser como espejo, al parecer de nuestra vista la hace semejante á sí mismo: así, como sabéis, la gracia venida al alma, y asentada en ella, no al parecer de los ojos, sino en el hecho de la verdad, la asemeja á Dios, y la da sus condiciones de Él, y la transforma en el cielo, cuanto le es posible á una criatura, que no pierde su propia sustancia, ser transformada. Porque es una cualidad, aunque criada, no de la cualidad ni del metal de ninguna de las criaturas que vemos, ni tal, cuales son todas las que la fuerza de la naturaleza produce: que ni es aire, ni fuego, ni nacida de ningún elemento, y la materia del cielo y los cielos mismos le reconocen ventaja en orden de nacimiento, y en grado más subido de origen. Porque todo aquello es natural, y nacido por ley natural: mas esta es sobre todo lo que la naturaleza puede y produce. En aquella manera nacen las cosas con lo que les es natural y propio, y como debido á su estado y á su condición: mas lo que la gracia da, por ninguna manera puede ser natural á ninguna sustancia criada. Porque, como digo, traspasa sobre todas ellas, y es como un retrato de lo más propio de Dios, y cosa que le retrae y remeda mucho: lo cual no puede ser natural sino á Dios.

De arte que la gracia es una como deidad, y una como figura viva del mismo Cristo, que puesta en el alma se lanza en ella y la deifica, y si va á decir verdad, es el alma del alma. Porque así como mi alma abrazada á mi cuerpo, y extendiéndose por todo él, siendo caedizo y de tierra, y de suyo cosa pesadísima y torpe, le levanta en pié, y le menea, y le da aliento y espíritu, y así le enciende en calor, que le hace como una llama de fuego, y le da las condiciones del fuego, de manera que la tierra anda, y lo pesado discurre ligero, y

lo torpísimo y muerto vive, y siente, y conoce: así en el alma, que por ser criatura tiene condiciones viles y bajas, y que por ser el cuerpo adonde vive de linaje dañado, está ella aún más dañada y perdida, entrando la gracia en ella, y ganando la llave de ella, que es la voluntad, y lanzándose en su seno secreto, y como si dijésemos, penetrándola toda, y de allí extendiendo su vigor y virtud por todas las demás fuerzas del ánimo; la levanta de la afición de la tierra, y convirtiéndola al cielo, y á los espíritus que se gozan en él, le da su estilo y su vivienda, y aquel sentimiento, y valor, y alteza generosa de lo celestial y divino, y en una palabra la asemeja mucho á Dios, en aquellas cosas que le son á Él más propias y más suyas, y de criatura que es suya la hace hija suya muy su semejante, y finalmente la hace un otro Dios así adoptado por Dios, que parece nacido y engendrado de Dios.

Y porque, como dijimos, entrando la gracia en el alma, y asentándose en ella, adonde primero prende es la voluntad; y porque en Dios la voluntad es la misma ley de todo lo justo, y eso es bien lo que Dios quiere, y solamente quiere aquello que es bueno: por eso lo primero que en la voluntad la gracia hace, es hacer de ella una ley eficaz para el bien, no diciéndole lo que es bueno, sino inclinándola, y como enamorándola de ello. Porque, como ya hemos dicho, se debe entender, que esto que llamamos *ó ley, ó dar ley*, puede acontecer en dos diferentes maneras. Una es la ordinaria y usada que vemos, que consiste en decir y señalar á los hombres, lo que les conviene hacer ó no hacer, escribiendo con pública autoridad mandamientos y ordenaciones de ello, y pregonándolas públicamente. Otra es que consiste, no tanto en aviso, como en inclinación: que se hace, no diciendo, ni mandando lo bueno, sino imprimiendo deseo y gusto de ello. Porque el tener uno inclinación y prontitud para alguna otra cosa que le conviene, es ley suya de aquel que está en aquella manera inclinado, y así la llama la filosofía: porque es lo que le gobierna la vida, y lo que le induce á lo que le es conveniente, y lo que le endereza por el camino de su provecho, que todas son obras propias de ley. Así es ley de la tierra la inclinación que tiene á hacer asiento en el centro; y del fuego el apete-



cer lo subido y lo alto; y de todas las criaturas sus leyes son aquello mismo á que las lleva su naturaleza propia.

La primera ley aunque es buena, pero como arriba está dicho, es poco eficaz cuando lo que se avisa es ajeno de lo que apetece el que recibe el aviso: como lo es en nosotros por razón de nuestra maldad. Mas la segunda ley es en grande manera eficaz, y esta pone Cristo con la gracia en nuestra alma. Porque por medio de ella escribe en la voluntad de cada uno con amor y afición aquello mismo que las leyes primeras escriben en los papeles con tinta; y de los libros de pergamino, y de las tablas de piedra, ó de bronce, las leyes que estaban esculpidas en ellas con cincel ó buril, las traspasa la gracia, y las esculpe en la voluntad. Y la ley que por defuera sonaba en los oídos del hombre, y le affigia el alma con miedo, la gracia se la encierra dentro del seno, y se la derrama, como si dijésemos, tan dulcemente por las fuerzas y apetitos del alma, que se la convierten en su único deleite y deseo: y finalmente hace que la voluntad del hombre torcida y enemiga de ley, ella misma quede hecha una justísima ley, y como en Dios, así en ella su querer sea lo justo, y lo justo sea todo su deseo y querer, cada uno según su manera, como maravillosamente lo profetizó Jeremías en el lugar que está dicho. Queda pues concluido, que la gracia, como es semejanza de Dios, entrando en nuestra alma, y prendiendo luego su fuerza en la voluntad de ella, la hace por participación, como de suyo es la de Dios, ley é inclinación y deseo de todo aquello que es justo, y que es bueno. Pues hecho esto, luego por orden secreta y maravillosa se comienza á pacificar el reino del alma, y á concertar lo que en ella estaba encontrado, y á ser desterrado de allí todo lo bullicioso y desasosegado que la turbaba: y descúbrese entonces la paz, y muestra la luz de su rostro, y sube, y crece, y finalmente queda reina y señora.

Porque lo primero, en estando aficionada por virtud de la gracia en la manera que habemos dicho la voluntad, luego calla, y desaparece el temor horrible de la ira de Dios, que le movía cruda guerra, y que poniéndosele cada momento delante la traía sobresaltada y atónita. Así lo dice San Pablo (Ad Rom. c. v, v. 1.): *Justificados con la gracia, luego tenemos*

*paz con Dios.* Porque no le miramos ya como á juez airado, sino como á padre amoroso: ni le concebimos ya como á enemigo nuestro poderoso y sangriento, sino como á amigo dulce y blando. Y como por medio de la gracia nuestra voluntad se conforma y se asemeja con Él, amamos á lo que se nos parece, y confiamos por el mismo caso que nos ama Él, como á sus semejante.

Lo segundo, la voluntad y la razón, que estaban hasta aquel punto perdidamente discordes, hacen luego paz entre sí. Porque de allí adelante lo que juzga la una parte, eso mismo desea la otra: y lo que la voluntad ama, eso mismo es lo que aprueba el entendimiento. Y así cesa esta amarga y continua lucha, y aquel alboroto fiero, y aquel continuo reñir, con que se despedazan las entrañas del hombre, que tan vivamente San Pablo con sus divinas palabras pintó cuando dice (Ad Rom. c. vii, vv. 19, 22, 24.): *No hago el bien que juzgo, sino el mal que aborrezco y condeno... Juzgo bien de la ley de Dios, según el hombre interior; pero veo otra ley en mi mismo apetito, que contradice á la ley de mi espíritu, y me lleva cautivo en seguimiento de la ley de pecado, que en mis inclinaciones tiene asiento. Desventurado yo! y quién me podrá librar de la maldad mortal de este cuerpo?*

Y no solamente convienen en uno de allí adelante la razón y la voluntad, mas con su bien guiado deseo de ella, y con el fuego ardiente de amor con que apetece lo bueno, enciende en cierta manera luz con que la razón viene más enteramente en el conocimiento del bien: y de muy conformes, y de muy amistados los dos, vienen á ser entre sí semejantes, y casi á trocar entre sí sus condiciones y oficios: y el entendimiento levanta luz que aficione, y la voluntad enciende amor que guie y alumbre: y casi enseña la voluntad, y el entendimiento apetece.

Lo tercero, el sentido y las fuerzas del alma más viles, que nos mueven con ira y deseos, con los demás apetitos y virtudes del cuerpo, reconocen luego el nuevo huésped que ha venido á su casa, y la salud y nuevo valor que para contra ellos le ha venido á la voluntad; y reconociendo que hay justicia en su reino, y quien levante vara en él, poderosa para escarmentar con castigo á lo revoltoso y rebelde, recó-



gense poco á poco, y como atemorizados se retiran, y no se atreven ya á poner unas veces fuego, y otras veces hielo, y continuamente alboroto y desorden, bulliciosos y desasosegados como antes solian; y si se atreven, con una sofrenada la voluntad santa los pacifica y sosiega. Y crece ella cada día más en vigor, y creciendo siempre, y entrañándose de continuo en ella más los buenos y justos deseos, y haciéndolos como naturales á sí, pega su afición y talante á las otras fuerzas menores, y apartándolas insensiblemente de sus malos siniestros, y como desnudándolas de ellos, las hace á su condición é inclinación de ella misma: y de la ley santa de amor en que está transformada por gracia, deriva también, y comunica á los sentidos su parte. Y como la gracia apoderáase del alma, hace como un otro Dios á la voluntad; así ella deificada, y hecha del sentido como reina y señora, cuasi le convierte de sentido en razón. Y como acontece en la naturaleza, y en las mudanzas de la noche y del día, que como dice David en el Salmo (Ps. ciii, v. 20.), en viniendo la noche salen de sus moradas las fieras, y esforzadas y guiadas por las tinieblas, discurren por los campos, y dan estrago á su voluntad en ellos; mas luégo que amanece el día, y que apunta la luz, esas mismas se recogen y encuevan: así el desenfrenamiento fiero del cuerpo, y la rebeldía alborotadora de sus movimientos, que cuando estaba en la noche de su miseria la voluntad nuestra caída, discurrían con libertad, y lo metían todo á sangre y á fuego; en comenzando á lucir el rayo del buen amor, y en mostrándose el día del bien, vuelve luégo el pie atrás, y se esconde en su cueva, y deja que lo que es hombre en nosotros salga á luz, y haga su oficio sosegada y pacíficamente, y de sol á sol.

Porque á la verdad ¿qué es lo que hay en el cuerpo, que sea para desasosegar á quien es regido por una voluntad y razón semejante? Por ventura el deseo de los bienes de esta vida le solicitará, ó el temor de los males de ello le romperá su reposo? Alterarse ha con ambición de honras, ó con amor de riquezas? ó con la afición de los ponzoñosos deleites desalentado saldrá de sí mismo? Cómo le turbará la pobreza al que de esta vida no quiere más que una estrecha pasada? Cómo le inquietará con su hambre el grado alto de dignidades y hon-

ras, al que huella sobre todo lo que se precia en el suelo? Cómo la adversidad, la contradicción, las mudanzas diferentes, y los golpes de la fortuna que le podían hacer mella al que á todos sus bienes los tiene seguros y en sí? Ni el bien le azozobra, ni el mal le amedrenta, ni la alegría lo engríe, ni el temor le encoge, ni las promesas le llevan, ni las amenazas le desquician, ni es tal, que ó lo próspero ó lo adverso le mude. Si se pierde la hacienda, alégrese como libre de una carga pesada. Si le faltan los amigos, tiene á Dios en su alma, con quien de continuo se abraza. Si el odio ó si la envidia arma los corazones ajenos contra él, como sabe que no le pueden quitar su bien, no los teme. En las mudanzas está quieto, y entre los espantos seguro: y cuando todo á la redonda de él se arruine, él permanece más firme, y como dijo aquel grande elocuente, luce en las tinieblas, y empelido de su lugar no se mueve. Y lo postrero con que aqueste bien se perfecciona últimamente, es otro bien que nace de aquesta paz interior, y naciendo de ella, acrecienta á esa misma paz de donde nace y procede. Y este bien es el favor de Dios que la voluntad así concertada tiene, y la confianza que se le despierta en el alma con aqueste favor. Porque ¿quién pondrá alboroto ó espanto en la conciencia que tiene á Dios de su parte? O cómo no tendrá á Dios de su parte el que es una voluntad con Él, y un mismo querer? Bien dijo Sófocles: *Si Dios manda en mí, no estoy sujeto á cosa mortal*. Y cierto es, que no me puede dañar aquello á quien no estoy sujeto.

Así que de la paz del alma justa nace la seguridad del amparo de Dios, y de esta seguridad se confirma más, y se fortifica la paz. Y así David juntó, á lo que parece, aquestas dos cosas, paz y confianza cuando dijo en el Salmo (Ps. iv, v. 9.) *En paz, y en uno dormiré y reposaré*. Adonde, como veis, con la paz puso el sueño, que es obra, no de ánimo solícito, sino de pecho seguro y confiado. Sobre las cuales palabras, si bien me acuerdo, dice así San Crisóstomo (1) *Esta es otra especie de merced que hace Dios á los suyos, que les da paz. De paz dice, (Psalmo cxviii, v. 165.) gozan los que aman tu ley, y ninguna cosa*

(1) Exposit. in Psalm. iv, num. ii, seq. Oper. edit Montfauconi, Paris, 1718-1738. tom. v. pag. 25. seq.



les es tropiezo. Porque ninguna cosa hace así paz, como es el conocimiento de Dios, y el poseer la virtud, lo cual destierra del ánimo sus perturbaciones, que son su guerra secreta, y no permite que el hombre traiga bandos consigo. Que á la verdad el que de esta paz no gozare, dado que en las cosas de fuera tenga gran paz, y no sea acometido de ningún enemigo, será sin duda miserable y desventurado sobre todos los hombres. Porque ni los scitas bárbaros, ni los de Tracia, ni los Sármatas, ó los indios, ó moros, ni otra gente ó nación alguna, por más fiera que sea, pueden hacer guerra tan cruda, como es la que hace un malvado pensamiento cuando se lanza en lo secreto del ánimo, ó una desordenada codicia, ó el amor del dinero sediento, ó el deseo entrañable de mayor dignidad, ú otra afición cualquiera acerca de aquellas cosas que tocan á esta vida presente. Y la razón pide que sea así, porque aquella guerra es guerra de fuera, mas aquesta es guerra de dentro de casa. Y vemos en todas las cosas, que el mal que nace de dentro, es mucho más grave que no aquello que acomete de fuera. Porque al madero la carcoma que nace de dentro de él lo consume mas; y á la salud y fuerzas del cuerpo las enfermedades que proceden de lo secreto de él, le son más dañosas que no los males que le advienen de fuera. Y á las ciudades y républicas no las destruyen tanto los enemigos de fuera, quanto las asuelan los domésticos, y los que son de una misma comunidad y linaje. Y por la misma manera á nuestra alma lo que la conduce á la muerte, no son tanto los artificios é ingenios con que es acometida de fuera, quanto las pasiones y enfermedades suyas, y que nacen en ella. Por donde si algún temeroso de Dios compusiere los movimientos turbados del ánimo, y si les quitare á los malvados deseos, que son como fieras, que no vitan y alienten; y si no les permitiendo que hagan cueva en su alma, apaciguare bien esta guerra: ese tal gozará de paz pura y sosegada. Esta paz nos dió Cristo viniendo al mundo. Esta misma desea San Pablo cuando dice en todas sus cartas (Ad Ephes. c. 1, v. 2. etc.): *Gracia en vosotros, y paz de Dios Padre nuestro. El que es señor de esta paz, no sólo no teme al enemigo bárbaro, mas ni al mismo demonio; antes hace burla de él, y de todo su ejército: vive sosegado, y seguro, y alentado más que otro hombre ninguno, como aquel á quien ni la pobreza le aprieta, ni la enfermedad le es grave, ni le turba caso ninguno adverso de los que sin pensar acontecen. Porque su alma como sana y valien-*

*te se vadea fácil y generosamente por todo. Y para que veáis á los ojos, que es aquesto verdad, pongamos que es uno envidioso, y que en lo demás no tiene enemigo ninguno: qué le aprovechará no tenerle? él mismo se hace guerra á sí mismo, él mismo afila contra sí sus pensamientos más penetrables que espada. Oféndese de cuanto bien ve, y llágase á sí con cuantas buenas dichas suceden á otros: á todos los mira como á enemigos, y para con ninguno tiene su ánimo desenconado y amable. Qué provecho pues le trae al que es como este el tener paz por de fuera; pues la guerra grande que trae dentro de sí le hace andar discurriendo furioso y lleno de rabia, y tan acosado de ella, que ápetece ser antes traspasado con mil saetas, ó padecer antes mil muertes, que ver á alguno de sus iguales, ó bien reputado, ó en otra alguna manera próspero? Demos otro que ame el dinero; cierto es que levantará en su corazón por momentos discordias innumerables, y que acosado de su turbada afición, ni aun respirar no podrá. No es así, no, el que está libre de semejantes pasiones, antes como quien está en puerto seguro, de espacio y con reposo, hinche su pecho de deleites sabios, ajeno de todas las molestias sobredichas.*

Esto dice pues San Crisóstomo. Y en lo postrero que dice, descubre otro bien, y otro fruto que de la paz se recoge, y que en este nuestro discurso será lo postrero, que es el gozo santo que halla en todo el que está pacifico en sí. Porque el que tiene consigo guerra, no es posible que en ninguna cosa halle contento puro y sencillo. Porque así como el gusto mal dispuesto por la demasia de algún humor malo que le desordena, en ninguna cosa halla el sabor que ella tiene; así el que trae guerra entre sí, no le es posible gozar de lo puro y de la verdad del buen gusto. En el ánimo con paz sosegado, como en agua reposada y pura, cada cosa sin engaño ni confusión se muestra cual es, y así de cada uno coge el gozo verdadero que tiene y goza de sí mismo, que es lo mejor. Porque así como de la salud y buena afición de la voluntad que Cristo por medio de su gracia pone en el hombre, como decíamos, se pacifica luégo el alma con Dios, y cesa la rencilla que ántes de esto había entre el entender y querer, y también el sentido se rinde, y lo bullicioso de él ó se acaba, ó se esconde, y de toda esta paz nace el andar el hombre libre y bien animado y seguro; así de todo aqueste amontonamiento de bien nace